

***Discurso ante el Primer Congreso de la Segunda
Internacional***
Celebrado del 17 al 21 de julio de 1889 en París
G. V. Plejánov

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “[Discours au Congrès socialiste international de Paris](#)”, en [Gheorgi Plekhanov – MIA – section française](#). El Congreso Socialista Internacional de París, primer congreso de la Segunda Internacional, se celebró del 14 al 21 de julio de 1889. Plejánov representaba a Liberación del Trabajo, que no tenía un mandato regular. Su discurso, que concluyó con las conocidas palabras sobre la victoria del movimiento revolucionario en Rusia como movimiento obrero, fue muy apreciado, especialmente por Engels. A continuación, un resumen de su discurso: a) la retraducción del ruso del texto original entregado en francés; b) la traducción de la versión rusa que se publicó en 1890 en Ginebra, en el número 1 del *Social-Democrat*)

[a. Traducción (del texto ruso publicado en 1926)]

Ciudadanos,

En vista del gran número de oradores inscritos, y dado que el congreso puede, por esta razón, concederles poco tiempo para sus informes sobre la situación económica y política de los países que representan, trataré de limitar mi exposición del movimiento obrero en Rusia lo más posible.

Quizá les sorprenda ver en este congreso a delegados de una Rusia en la que el movimiento obrero está lejos de haberse desarrollado de la misma manera que en los países de Europa occidental. Pero nosotros, los socialdemócratas rusos, creemos que la Rusia revolucionaria no debe apartarse en absoluto del resto de la Europa obrera y socialista y que, por el contrario, su actual acercamiento a ella será muy beneficioso para el movimiento socialista mundial.

Todos ustedes conocen el infame papel que el absolutismo ruso ha desempeñado hasta hoy en la historia de Europa occidental.

Como gendarmes coronados, los zares de Rusia consideraban su deber más sagrado defender la reacción europea en todos los países, desde Prusia hasta Italia y España.

Sería vana cháchara hablar del papel que jugó Nicolás I, de triste memoria, por ejemplo, en los conocidos acontecimientos de 1848.

Por eso la victoria del movimiento revolucionario en Rusia sería una victoria para los obreros europeos.

Por lo tanto, es importante explicar cómo y en qué condiciones el movimiento revolucionario ruso puede obtener esta victoria.

Puede, ciudadanos, y estamos firmemente convencidos de que puede, con la única condición de que los revolucionarios rusos sepan ganarse la simpatía del pueblo.

Mientras nuestro movimiento se limite a los ideólogos y a los jóvenes de las escuelas, puede suponer un peligro personal para los zares, pero no supondrá ningún peligro para el zarismo como sistema político.

Para derrocar al zarismo y aplastarlo de una vez por todas, debemos apoyarnos en un elemento más revolucionario que la juventud de las escuelas, y este elemento existe

en Rusia: es la clase proletaria, una clase revolucionaria por su difícil situación económica, una clase revolucionaria por su propia naturaleza.

Los economistas con más imaginación y más buena voluntad que conocimientos sólidos describen a Rusia como una China europea cuya estructura económica no tendría nada en común con Europa occidental. Esto es completamente falso. Los viejos cimientos económicos de Rusia están en estado de decadencia. Nuestra comuna agraria, de la que tanto se ha hablado incluso en la prensa socialista, pero que, en realidad, ha sido la columna vertebral del absolutismo ruso, esta tan cacareada comuna, se está convirtiendo cada vez más, en manos de los campesinos ricos, en un instrumento de explotación capitalista, mientras que los pobres abandonan los pueblos y se trasladan a las grandes ciudades y a los centros industriales. Sin embargo, la industria de las grandes fábricas está creciendo, engullendo a la antaño próspera artesanía de los pueblos.

El gobierno absolutista hace todo lo posible para agravar esta situación y contribuye así al progreso del capitalismo en Rusia. Los socialistas y revolucionarios no podemos sino alegrarnos de este aspecto de su actividad, ya que es su propia pérdida la que está preparando por este medio.

El proletariado industrial, que comienza a tomar conciencia, asestará un golpe mortal al absolutismo, y entonces veréis en vuestros congresos a sus representantes directos, junto a los delegados de los países más avanzados.

Nuestra tarea en estos momentos es defender con vosotros la causa del socialismo internacional, difundir por todos los medios las enseñanzas de la socialdemocracia entre los obreros rusos y conducirlos al asalto de la ciudadela del absolutismo.

Para terminar, repetiré (e insisto en este punto crucial) que el movimiento revolucionario en Rusia, o triunfa sólo como movimiento obrero o no triunfará nunca.

[*b. Versión publicada en el Social-Democrat (número 1, 1890)*]

Tal vez les sorprenda ver en este congreso obrero a delegados de Rusia, donde el movimiento obrero es, por desgracia, todavía demasiado débil. Pero creemos que la Rusia revolucionaria no debe apartarse en absoluto del movimiento socialista de la Europa actual y que, por el contrario, su actual acercamiento a él será de gran beneficio para la causa del proletariado mundial. Todos ustedes conocen el papel del absolutismo ruso en la historia de Europa occidental. Como gendarmes coronados, los zares de Rusia consideraban su deber más sagrado proteger y defender a la reacción europea tanto en Prusia como en Italia o España; sería una chachara inútil hablar aquí del papel que Nicolás I, por ejemplo, desempeñó en 1848 y 1849. Es evidente que el derrocamiento del absolutismo ruso equivale a la victoria del movimiento revolucionario internacional en toda Europa. Sólo se plantea una cuestión: ¿en qué condiciones puede el movimiento revolucionario ruso obtener la victoria sobre el absolutismo ruso?

Los autores, mucho más ricos en imaginación que en conocimientos económicos y sociales, describen a Rusia como una China cuya estructura económica no tiene nada en común con occidente.

Esto es completamente falso. Los viejos cimientos económicos de Rusia están en estado de decadencia. Nuestra comuna agraria, antaño tan querida incluso por algunos socialistas, de hecho el principal soporte de nuestro absolutismo, se está convirtiendo cada vez más, en manos de la burguesía rural, en el instrumento de explotación de la mayoría de los agricultores. La parte pobre del campesinado debe emigrar del campo a las ciudades

y a los centros industriales; sin embargo, la gran industria fabril se desarrolla, engullendo la artesanía que antes florecía en los pueblos. Impulsado por la necesidad de dinero, nuestro gobierno contribuye con todas sus fuerzas al progreso del capitalismo en Rusia. Y este aspecto de su actividad sólo puede alegrarnos a los socialistas, ya que es su propia tumba la que cava la autocracia por este medio. El proletariado, en proceso de formación, como resultado de la descomposición de la comuna agraria, asestará un golpe mortal al absolutismo. Si, a pesar de los heroicos esfuerzos de los revolucionarios rusos, la autocracia aún no ha sido derrotada en Rusia, la explicación hay que buscarla en el aislamiento de los revolucionarios de la masa del pueblo. La fuerza y la abnegación de nuestros ideólogos revolucionarios pueden ser suficientes para luchar contra los zares como individuos; pero no son suficientes para triunfar sobre el zarismo como sistema político. Por lo tanto, la misión de nuestra intelectualidad revolucionaria es, a los ojos de los socialdemócratas rusos, penetrar en las teorías del socialismo científico moderno, difundirlas entre los trabajadores y, con su ayuda, asaltar la ciudadela del absolutismo. El movimiento revolucionario en Rusia sólo puede triunfar como movimiento revolucionario de los trabajadores. No hay otra manera, y no puede haber otra manera.

Serie Obras escogidas de
G. V. Plejánov



Germinal_1917@yahoo.es